

Hace muchos años, en una gran ciudad, un niño soñó que era un rey que vivía en un gran palacio. Que estaba rodeado de fieles colaboradores y tenía a su lado una hermosa reina con quien bailaba valeses en su gran salón.

El niño despertó lleno de ilusión. Ahora tenía una meta: quería ser rey.





Tenía una meta y también un gran problema. No es por pesimismo, pero realmente no había muchas posibilidades de que ese niño, por muy grande que fuera su ilusión y muy fuerte su voluntad, llegara algún día a ser rey.

¿Por qué? Bueno, en primera, los muchos años que se mencionan al inicio de esta historia no son tantísimos. Era cuando ya había coches y aviones, pero no internet ni celulares.

¿Ven que no es pesimismo?

El sueño era difícil de realizar por muchas razones. El niño había nacido en una época en la que había gobernadores y presidentes, a casi nadie se le ocurría bailar valeses en los salones de los palacios; y además era un país en el que hacía muchos, muchos años no se usaba la monarquía para gobernar.

Vaya, ni siquiera era uno de esos niños que nacen en familias de abolengo y por lo mismo tienen posibilidades de aspirar a un

título nobiliario. No, él había nacido en una colonia normalita.

Se llamaba Francisco, pero era conocido universalmente como Pancho. No está mal si se quiere ser casi cualquier cosa, desde intérprete de música vernácula hasta ingeniero en sistemas —¿por qué no?—; pero imagínense una presentación como la siguiente: “Con ustedes, Su Majestad, Pancho Primero”.

No suena muy real que digamos.





Pancho, sin haber reflexionado nada de lo anterior, se puso su uniforme y se enjuagó la cara.

Luego se dirigió a la cocina, donde encontró a su mamá preparando el desayuno.



—Má, quiero ser rey —comentó ya sentado en la mesa.

—Muy bien, pero cómete tus huevos y de regreso de la escuela me traes, por favor, un manojito de perejil, ¿oki doki?

—Oki doki.